

# HISTORIA DEL PERFUME

## LA PERFUMERIA ESPAÑOLA TRIUNFA EN EL MUNDO



POR M. HERNANDA BALADO

LAS pieles de bestias con que el troglodita se abrigaba despedían terribles hedores durante su curtiición en las cavernas. Pero el troglodita observó que algunas de las maderas extraídas al azar del bosque expandían desde la fogata un humo que, en cierto modo, neutralizaba aquella fetidez y producía en su sensorio, mediante aspiraciones nasales, una indefinible voluptuosidad. Allí nació el aroma para el hombre. Paralelo al nexo estético que une a Altamira con Salvador Dalí hay un vaho de perfume que le llega a madama Schiaparelli desde el cuaternario.

Surgió el panteísmo con sus sacerdotes, que idearon la ceremonia, el rito. Les preocupaba investir su función de la máxima majestad. Producto de esta preocupación fué el pebetero, redoma sahumérica donde balbució la química del perfume. Pebeteros que eran cuencos obtenidos al revestir con barro pegadizo cualquier fruto vegetal de forma esférica, puestos después al fuego para cochura de la masa. El olfato progresivamente educado de aquellos hierofantes empezó a discernir fibras y resinas que constituían los núcleos aromáticos de las maderas. Pero de la hoguera al pebetero poco se había adelantado. El perfume desaparecía al cesar la combustión. Era necesario aprehenderlo, poder guardarlo como una riqueza.

Se observó que las aguas de los ríos transportaban el olor característico de las ovas de unos peces que poblaban ciertas zonas fluviales, y no existían en otras, a las cuales, no obstante, el olor llegaba. ¿Podría resolver el agua el

problema de dar cuerpo y perdurabilidad al perfume? Pero las resinas eran insolubles en el líquido elemento y el cerne de las maderas que se intentó sumergir en recipientes ascendía inalterable del fondo a la superficie, cual si el agua tratase de arrojarlo o él de evadirse. Se pensó entonces en la flor. Y advinieron las primeras maceraciones perfumísticas.

Podemos suponer el contenido de aquellos primitivos alquimistas al observar que de la asociación del agua y los pétalos, secuestrado todo ello durante tiempo en envases logrados al desposeer de su pulpa frutos de caparazón dura como el coco, se obtenían líquidos que no sólo exhalaban el aroma de las flores sumergidas, sino que, después de su evaporación, alcanzaban cierto grado de permanencia olorosa. Ya tenemos las famosas aguas lustrales que pasaron al ceremonial de las abluciones litúrgicas.

Desde este punto, los progresos son parcos hasta la civilización egipcia. Ensayó el hombre empapar de aroma algunas grasas de animales y dió así con las primeras pomadas detergentes. Estrujó la flor, y en el rudimentario mortero se produjeron, densas y resbaladizas, gotas de un aceite esencial asociable a otros líquidos oleaginosos ya conocidos. Aquí alumbraron para el mundo los óleos, que, a partir de las ceremonias ancestrales, gozarán de un carácter sagrado nunca perdido. No pueden jamás perderlo, porque, muchos siglos después de venerados, María de Magdala, toda trémula de amor y arrepentimiento, consiguió la primera caricia pura de sus manos aplicándola



los amorosamente a los pies sangrantes del Redentor. Todo esto acontece en Asia, cuna de la Humanidad, y tal como lo reseñamos, parece que el perfume se construyó a la liturgia. Nada de eso. El clima es cálido, los cuerpos transpiran y las mujeres saben ya que aquellas físicamente más perfectas y más cuidadosas de sí son las que codician con preferencia los hombres. Por ello empiezan a sentir estímulos de superación de sus propios atractivos. Perfumes y ungüentos pasan a ser dulces, pero implacables tiranos de su tocado personal.

Así relatada, diríase que esta evolución fué cosa de años; pero no olvidemos que en prehistoria cualquier apreciación cronológica se basa en transcurros de siglos, que nada tiene que ver con ese reloj que a usted, caballero, le ciñe la muñeca, ni con ese otro, monísimo, que a usted, señora, le pende de la solapa izquierda del "sastre" como si quisiera establecer con su corazón un pugilato de sístoles.

Faltaban muchas centurias para que la película Suez arrebatase a nuestras damitas por el pecadillo de amor que dejaba entrever en Eugenia de Montijo. El istmo era el istmo. Por la pasarela intercontinental empezaban a llegar a Egipto materias aromáticas procedentes de Asia. ¿Cómo la brillante y refinada civilización egipcia iba a sustraerse al sortilegio del perfume? Tan hondo como podamos calar en ella, encontraremos súbditos de faraones que especulaban con el incienso y la mirra. Cuando las palanquetas de los investigadores de hoy franquean accesos a los hipogeos egipcios, antes de tocar las joyas, los papiros y los útiles hogareños que los museos arrebatan a las momias, medio se desvanecen con los perfumes despedidos por las bandeletas en que éstas aparecen envueltas.

Egipto fué escala obligada de las navegaciones entre Oriente y Occidente. Convertida Babilonia en almacén de los productos procedentes de la India, se hace Alejandría su distribuidora comercial. Los aromas que obtienen los alquimistas arábigos con materias descubiertas en arriesgadas exploraciones al Asia profunda, los embarca Alejandría en naos fenicias para su transporte a Europa. Pero antes los perfeccionó con técnica insuperable. La Alejandría de los últimos Tolomeos, aquella del rey Auletes—maestro hacedor de armonías por tañedor de flauta y por padre de Cleopatra—, tiene un barrio compuesto por fábricas de perfumería, como París dos mil años después. En ellas se manipuló con cinamomo, bálsamo de Judea, canela, junco oloroso, sándalo, stirax, azafrán, iris, ónice, chipre y muchas sustancias más. Los egipcios descubrieron las llamadas tinturas de fijación, o sean las sustancias—el ámbar, la civeta, el almizcle—que dan perdurabilidad aromática a las preparaciones. Estas tinturas ganaron la jerarquía de majestad en los laboratorios. Muchas de ellas se extraen de glándulas y vísceras de animales marítimos y selváticos. Si por los mares no bogasen cetáceos, no existiría el ámbar.

Pero siguieron las flores suministrándole al perfume aquello que encierra de poesía. Todo *El Cantar de los Cantares*, palpitante de senos, huele a nardos. Bien lo sabía Cleopatra cuando surgió del saco empleado como treta teatral para su deslumbrante aparición en la nave de Antonio. Sabía de la tentación del nardo en sus brazos y de la menta en su boca. Hoy, el "peppermint" se mezcla ¡con soda fría!, que es lo más opuesto a un aliento cálido. Por eso las borracheras de este líquido verde no tienen el menor entronque, aunque nos aseguren que sí, con la embriaguez que le penetró a Antonio por su nariz vibrátil de fáunicos venteos. Distinta sería la faz del mundo, de haber tenido... Antonio otra nariz.

Ya dijimos que, preñadas de vientos de Oriente sus velas, abandonaban Alejandría las naves fenicias para transportar a Grecia, a la vez que los primeros diseños de estatuaría, materias y recetas para elaborar perfumes. Fueron, pues, los fenicios los primeros intermediarios en el tráfico de la fórmula perfumística, que hoy alcanza cotizaciones equiparables a las de patentes de grandes inventos químicos y mecánicos. Fueron en Grecia los médicos quienes primeramente acapararon el perfume, y ciertamente que no en sentido mercantil, sino a tono de especulación científica. Descubrieron que el olor no es incorpórea sensación que llega al olfato y sí materia invisible que un cuerpo despide y otro recoge. Idearon una terapéutica basada en la aspiración de olores expelidos por determinadas flores y plantas, la digital entre éstas. Papel importante el del trigémino antes de Asuero.

Pero como los enfermos se les morían lo mismo, y además empachados de perfumes, esta nueva ciencia sólo satisfizo a pacientes simuladas que, al comprobar que el perfume proveíalas de inéditos hechizos, fingíanse

caquéticas. Lo mismo que ahora esposas e hijas para conseguir de los médicos prescripción de baños en Donostia.

Luego en perfumería, como en todo, Grecia superó a Egipto. En juegos y festines saturábase el ambiente de los más ricos aromas. Ancianos y efebos eran glorificados con coronas perfumadas. Fijémonos en las pinturas de cualquier época que representen ceremonias paganas o ejercicios olímpicos de los tiempos platonianos, y veremos que no faltan, sobre plintos de templos o pilastras de estadios colosales pebeteros que dan clima helénico a la escena. Aquel topo arqueológico que exploró bajo las ruinas del palacio de Aspasia y, al encontrar una gaveta con instrumentos cortantes, empuñados de marfil, se lamentó de que "poco había adelantado hasta hoy la cirugía", estaba en la luna, como todos los sabios, en punto a intimidades femeninas, y fué su mujer la que una vez más le abrió los ojos, al exclamar: ¡Qué precioso estuche de manicural!

La depilación aromática procede de las sacerdotisas griegas, cuyas túnicas no cubrían las axilas. Motivos ornamentales de vasos y ánforas demuestran lo perfecto de la presentación en los perfumes de en-



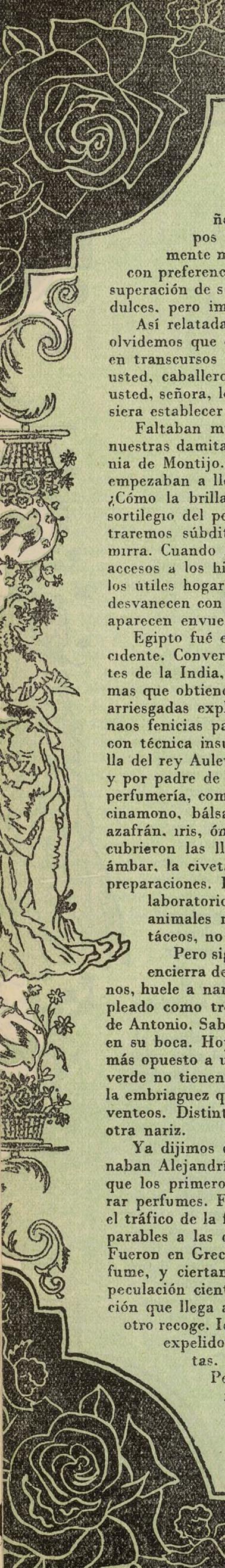
El olfato es un sentido de categoría, por lo menos, tan noble y elevada como la vista, el oído, el tacto y el gusto. Es posible que en el ser humano se haya desarrollado menos que sus otros cuatro hermanos, por la razón de ser el más difícil, elevado y puro de todos. Tal vez, de poderse parangonar con los demás y llegar a percibir en toda su vasta latitud las melodías, resonancias y disonancias del perfume, la calidad del hombre se elevaría a cimeras casi angélicas. El lenguaje del perfume es, en efecto, el más arduo, el más simbólico, el más inexpresable de todos. Si la música es una eminencia de hipersensibilidad que nos hace abordar el mundo de los delirios espirituales, el perfume, por su íntima sutileza, su quinquagesimo lenguaje, su indescifrable estructura, nos conduce a los arcanos mismos de lo ultrasensible, situándonos en pleno dominio de la imaterialidad y del ensueño. Pocos perciben el olor de los tiempos al discurrir sobre el espejo de nuestras almas, y la verdad es que cada tiempo, cada época de la vida, trae consigo un aromático mensaje lleno de inefables trascendencias sentimentales. El olor de la lluvia, de las brisas, de los solsticios, es diferente en cada edad del hombre, y así como en la adolescencia esas sorprendentes ondas de perfume nos arrebatan hacia el ámbito de lo fantasmagórico y lo irreal apartándonos en cierto modo de la acción inmediata, en la juventud fluyen con ritmos sensuales de lucha, de trepidante emotividad vital, de desbordado afán creador, para luego incitarnos todo lo largo de la madurez a la decisión reposada, a la matización energética de la conducta, a lograr el perfil acusado e incansable de la personalidad.

Me atrevería a afirmar que la edad verdadera del hombre se revela de modo indubitable por la calidad de los olores que le impregnan su ambiente cotidiano y la acción que determinan en el plexo de su voluntad y de sus sueños. A veces retorna a nosotros un hábito del perfume de la adolescencia. Nuestra sensibilidad lo recoge con emotivo fervor de nostálgico alborozo. En realidad, representa un punto de referencia del ayer en el entramado de nuestra vida perenne, es decir en ese concepto de la existencia que empalma lo transeúnte con la eternidad de

nuestro último destino. Esas briznas de pasado recobradas en el ámbito de nuestras vidas demuestran que no está dormido el reflector de nuestra más alta facultad creadora y que sus guiños en la noche de lo mudable giran hacia el pasado y el porvenir. Buen augurio de posible acierto en esa búsqueda de caminos que exige implacable el propio destino del hombre en su lucha diaria, porque sólo conectando el pasado con el futuro podremos captar en toda su intensidad el verdadero significado y el valor trascendental del tiempo presente.

Mas si de estos olores de orden ideal, pero ciertos y eficaces, pasamos al perfume provocado por elementos naturales o químicos, realizaremos un tránsito parecido al que va de la música en su estado latente dentro del cosmos a la música sinfónica. La realidad ambiente, el conjunto de la vida humana, nos ofrece los perfumes en toda su gama de melodías superpuestas, reunidas en motivos paralelos o verticalmente armonizados para constituir lo que podríamos denominar el perfume esencial. Cuando éste se nos muestra en forma de vasto despliegue de matices concretos, permanentes, inalterados, y siguiendo una interpretación a nuestro psiquismo en alas de su predisposición emotiva, aparece la obra de la naturaleza o del hombre, produciendo un conjunto soberbio y bien planeado de contrastes y correspondencias. La flor, la planta aromática y el químico en su laboratorio son los Haydn, los Mozart y los Beethoven de estas obras del arte sinfónico olfativo.

¿Es el perfume un fluido imperceptible y ponderable, o una acción dinámica ejercida sobre los nervios olfativos del mismo modo que lo hace la luz sobre la retina? En todo caso sa-

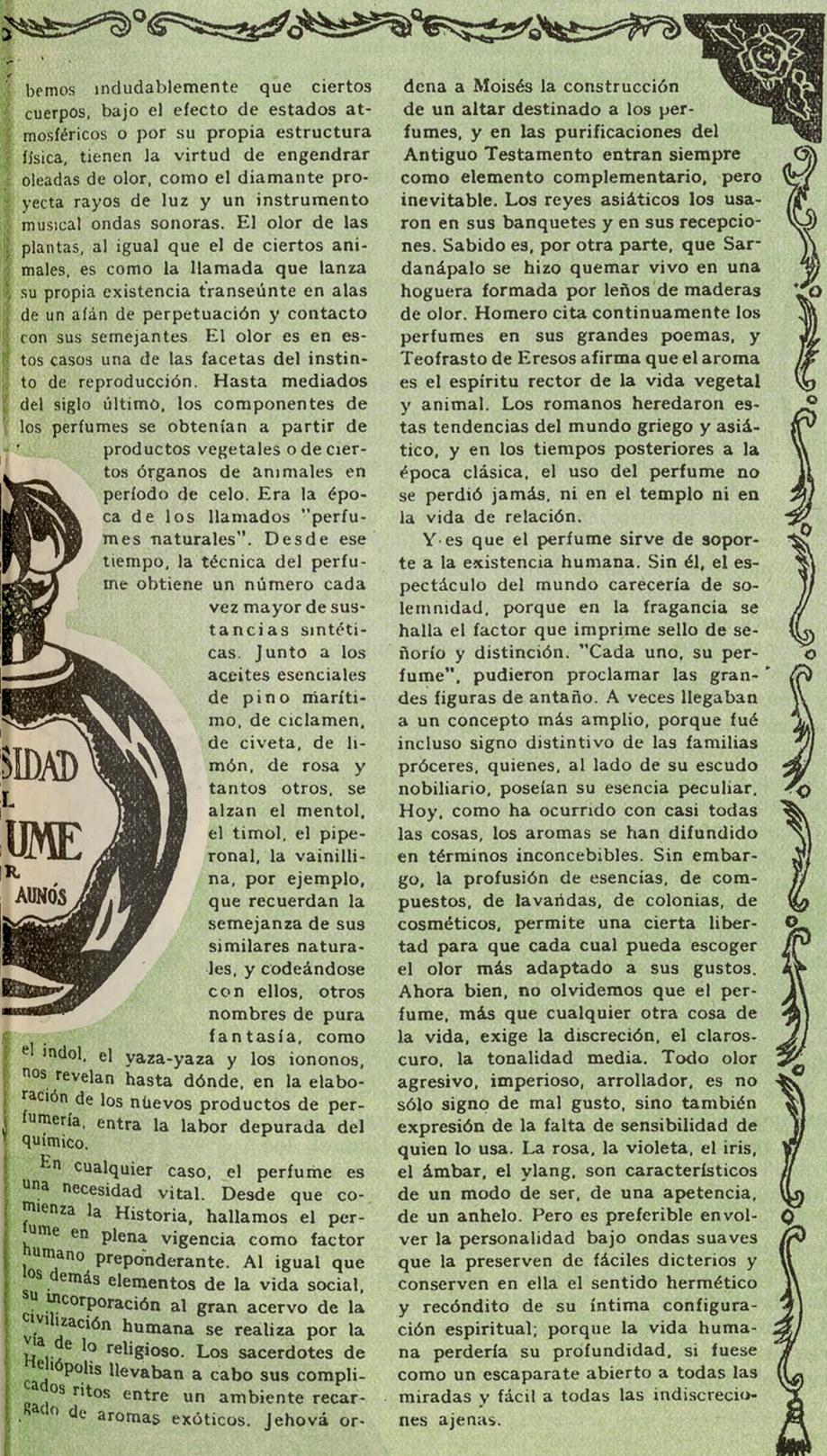




tonces. Seleccionaron los griegos el más fino caolín de su suelo y, atomizándolo cuanto les fué posible, lo saturaron de esencias y lanzaron al mercado los primeros polvos faciales. Luego idearon, para aplicarlos, las borlas de pluma de cisne.

Entre sus plantas predilectas destacó el espliego, que es tanto mejor cuanto más altura alcanzan los terrenos donde se recoge. Hiciéronse como alpinistas del espliego y, escalando cimas, descubrieron la lavanda, aroma que por su frescura de cumbre resulta, de todos, el más varonil, y cuya producción, de un siglo a esta parte, es absorbida por los ingleses en su mayor cantidad. Las elegancias de Alcibiades y de Jorge Brummel trascendieron a lo mismo.

A la vez que a Grecia, llegaron a Roma los primeros perfumes. No pudieron hallar atmósfera más propicia que la que envolvía las horas viciosas y lánguidas de una Roma cuya molicie metropolitana contrastaba con el fragor de sus conquistas imperiales. Tenía perfumes propios, pero simples, rudimentarios. Por eso, al recibir los tan exquisitos de Oriente, se volcó en su consumo con la voracidad empleada en todo lo que diese goce a los sentidos.



bemos indudablemente que ciertos cuerpos, bajo el efecto de estados atmosféricos o por su propia estructura física, tienen la virtud de engendrar oleadas de olor, como el diamante proyecta rayos de luz y un instrumento musical ondas sonoras. El olor de las plantas, al igual que el de ciertos animales, es como la llamada que lanza su propia existencia transeúnte en alas de un afán de perpetuación y contacto con sus semejantes. El olor es en estos casos una de las facetas del instinto de reproducción. Hasta mediados del siglo último, los componentes de los perfumes se obtenían a partir de productos vegetales o de ciertos órganos de animales en período de celo. Era la época de los llamados "perfumes naturales". Desde ese tiempo, la técnica del perfume obtiene un número cada vez mayor de sustancias sintéticas. Junto a los aceites esenciales de pino marítimo, de ciclamen, de civeta, de limón, de rosa y tantos otros, se alzan el mentol, el pipéronal, la vainillina, por ejemplo, que recuerdan la semejanza de sus similares naturales, y codeándose con ellos, otros nombres de pura fantasía, como

el indol, el yaza-yaza y los iononos, nos revelan hasta dónde, en la elaboración de los nuevos productos de perfumería, entra la labor depurada del químico.

En cualquier caso, el perfume es una necesidad vital. Desde que comienza la Historia, hallamos el perfume en plena vigencia como factor humano preponderante. Al igual que los demás elementos de la vida social, su incorporación al gran acervo de la civilización humana se realiza por la vía de lo religioso. Los sacerdotes de Heliópolis llevaban a cabo sus complicados ritos entre un ambiente recargado de aromas exóticos. Jehová or-

dena a Moisés la construcción de un altar destinado a los perfumes, y en las purificaciones del Antiguo Testamento entran siempre como elemento complementario, pero inevitable. Los reyes asiáticos los usaron en sus banquetes y en sus recepciones. Sabido es, por otra parte, que Sardanápalo se hizo quemar vivo en la hoguera formada por leños de maderas de olor. Homero cita continuamente los perfumes en sus grandes poemas, y Teofrasto de Eresos afirma que el aroma es el espíritu rector de la vida vegetal y animal. Los romanos heredaron estas tendencias del mundo griego y asiático, y en los tiempos posteriores a la época clásica, el uso del perfume no se perdió jamás, ni en el templo ni en la vida de relación.

Y es que el perfume sirve de soporte a la existencia humana. Sin él, el espectáculo del mundo carecería de solemnidad, porque en la fragancia se halla el factor que imprime sello de señorío y distinción. "Cada uno, su perfume", pudieron proclamar las grandes figuras de antaño. A veces llegaban a un concepto más amplio, porque fué incluso signo distintivo de las familias próceres, quienes, al lado de su escudo nobiliario, poseían su esencia peculiar. Hoy, como ha ocurrido con casi todas las cosas, los aromas se han difundido en términos inconcebibles. Sin embargo, la profusión de esencias, de compuestos, de lavandas, de colonias, de cosméticos, permite una cierta libertad para que cada cual pueda escoger el olor más adaptado a sus gustos. Ahora bien, no olvidemos que el perfume, más que cualquier otra cosa de la vida, exige la discreción, el claroscuro, la tonalidad media. Todo olor agresivo, imperioso, arrollador, es no sólo signo de mal gusto, sino también expresión de la falta de sensibilidad de quien lo usa. La rosa, la violeta, el iris, el ámbar, el ylang, son característicos de un modo de ser, de una apatencia, de un anhelo. Pero es preferible envolver la personalidad bajo ondas suaves que la preserven de fáciles dictérios y conserven en ella el sentido hermético y recóndito de su íntima configuración espiritual; porque la vida humana perdería su profundidad, si fuese como un escaparate abierto a todas las miradas y fácil a todas las indiscreciones ajenas.

Después Grecia, vencida, inició en esta industria a su vencedora y alcanzó al poco Roma tal perfección; que la engañifa de ese lema "cada mujer su perfume", exhibido ahora como señuelo en tiendas que hacen mixturas sobre el mostrador con productos estandarizados, tuvo realidad en la metrópoli neroniana, donde vestales y patricias podían distinguirse por su perfume tanto como por su voz. Las romanas fueron las primeras mujeres que se pintaron ojeras y lunares con lápices idóneos. También las primeras en aplicarse mascarillas para tersar la piel, engorrosos emplastos faciales hechos con miga de pan y leche de burra. Pero esto es cosmética, que no perfumería, aunque el vulgo confunda una cosa y otra. La perfumería alegra, entona el físico sin alterarlo. La cosmética lo perfecciona.

Cuando rompió el Vesubio su infernal torrente de castigo, en la sepultada Pompeya quedaron confundidos pomos que si por las materias con que están fabricados acusan la riqueza, y por el aroma, todavía perceptible, proclaman la exquisitez, por el simbolismo de su morfología denuncian hasta qué punto participó el perfume en el culto rendido por aquel pueblo al demonio de todas las depravaciones.

Con las legiones romanas, la industria del perfume llega a las Galias y a nuestra Península Ibérica. Pero no logró florecimiento, porque pronto la irrupción de los bárbaros, que pisotean plantaciones, destruyen destilerías y arrasan los locales de elaboraciones, interceptó su desarrollo. Pasan los árabes a España entre rebrincos de alazanes, retumbos de parches tensos y penachones de humos aromáticos. Aquello, más que invasión, parecía homenaje. Traen los mahometanos métodos y fórmulas, que son la perfección de todo lo conseguido anteriormente. Llegaron a la culminación de la técnica y rinden a las esencias la misma veneración que a las formas puras de su arquitectura. "Las huries que os esperan en el Paraíso—les había dicho Mahoma—están hechas con el más fino almizcle."

Por lo que respecta a España, podemos desde aquí pasar atropelladamente sobre la Reconquista, el descubrimiento de América, el Imperio... Diez siglos de perfumería patria sin pena ni gloria, con altibajos en su evolución poco ambiciosa. Desganada en el medievo; alentada en el cimero reinado de Isabel y Fernando; otra vez decaída por no entonar con el ascetismo del Monarca escurialense; animada nuevamente durante los Felipes III y IV, en que da galanura a embrollos de cortesana galantería; erguida como una promesa, igual que la tapicería, igual que la cerámica, cuando los Borbones dieron fuste a las artes industriales; alicaída otra vez a través del reinado fernandino y degenerada más tarde en agua chirle de rosas, como todo lo del Romanticismo.

Evolucionó con más continuidad y eficacia en Francia, donde en el siglo XIII se reconoció oficialmente el gremio de guanteros. Se entregaron estos artesanos al comercio del perfume en sañuda competencia con los merceros. En 1614 se otorga por real privilegio la exclusiva de la industria a los guanteros; pero los merceros siguen clandestinamente haciéndoles la guerra. Dos hitos importantes se destacan en los siglos XIII y XV: la invención de las pastas dentífricas y la de los "sachets" o sacos perfumados para guardar-ropa. Se le ocurrió a un monarca nombrar perfumista de Corte, y el antecedente cunde en reinados sucesivos. Algunos de estos perfumistas pasan a la Historia con celebridad que envidiarían validos y chambelanes: Oliver, de la Corte de Luis XI; Escoblato, de la de Francisco I.

En el año 1530 aparece en Francia el primer tratado de perfumería y cosmética. La seriedad de André de Fournier, ilustre académico de la de Medicina de París, no le veda, a la vez que exponer en el libro fórmulas para la obtención de esencias, indicar tratamientos correctores de las arrugas y manchas de la cara. Pero donde culminó su sabiduría fué en la receta contra las canas, primera conocida, así como en las prescripciones para colorear el cabello de rubio o negro según deseo.

Las célebres destilerías de Grasse, que hoy exportan a todo el mundo los aceites esenciales obtenidos de las plantaciones florales de la Costa Azul, empezaron a funcionar en el siglo XVI con una protección oficial tan decidida, que en 1560 un Real decreto prohibió la importación de cualquier producto elaborado. Surge un disidente en Luis XIV. Le resultan tan ingratos los perfumes, que una noche de gala en Versalles, con nieve y cierzo en el exterior, ordena abrir las ventanas del salón, tan desconsiderado para con los aromas como para con las desnudas espaldas de las damas. Aquello terminó en competición de estornudos.

Esta genialidad del Monarca no empece que en re-



uniones aristocráticas, en las que se derrochan perfumes, comparezca la italiana duquesa Orsini de Neroli con uno original y misterioso que requiere de los guanteros esfuerzo de años para reproducirlo, compensado con celebridad de siglos, pues no es otro el Neroli de nuestros días.

En el siglo XVIII, la afición al perfume prende también en el pueblo bajo que pasa hambre, y no tardará en producir la revolución más sonada de todos los tiempos. Reinaba Luis XV, y, concertado el matrimonio del Delfín con la infanta María Teresa de España, una Embajada acude a la frontera para hacerse cargo de la prometida. Esta se perfuma, pero no se maquilla. Aquel "blanco y carmín de doña Elvira", del soneto de Lupercio de Argensola, era estampa poética no imitada por nuestras mujeres. Era bella, muy bella, la española; pero de una belleza pálida y apagada. Ahora bien, si se pintase... Se lo proponen, y ella se niega con terquedad. Al fin accede bajo condición de que sea su egregio prometido quien se lo pida de manera expresa. Como el conflicto puede dar al traste con todo lo concertado, un rauda postillón sale para Versalles y días después el duque de Richelieu (Armand du Plessis) le lee el mensaje del Delfín: "Seré gustoso, señora, de que realcéis vuestros naturales encantos con el empleo de nuestra cosmética." El rictus de disgusto en la princesa quedó desvanecido bajo la estearina del primer "rouge".

Al tiempo que la guillotina tronchó la cabeza de María Antonieta, asestaba un tajo a la brillante continuidad de la perfumería gala. Pero efímero. Al resurgir de sus propias pavesas placeres y refinamientos, hiciéronlo con tal brío en la perfumería, que en el transcurso del siglo XIX se enseñoa ésta de todo el mundo sin que ninguna rivalidad le estorbe. En 1848 contaba Francia con ciento diez fábricas perfumeras. En 1862, la exportación de perfumes ascendió a veinte millones de francos. A los precios actuales, los vende cualquier fábrica; pero entonces era una cifra fabulosa, un manantial crematístico en el que se ahogó definitivamente la artesanía perfumística francesa, y ya no fueron guanteros, sino señores con guantes, quienes imprimieron cauces vigorosos a su caudal: los Houbigant, los Piver, los Guerlain, los Coty...

A través de la barrera pirenaica percibió España a principios de nuestro siglo los tentadores susurros de esta corriente industrial y quedaron establecidos los cimientos de una industria nacional cuyo alcance presente muchos ignoran. Barcelona, Madrid, Valencia y Sevilla realizaron, cuarenta años atrás, los primeros intentos. Fábricas modestas, con carencia de resortes técnicos y con timidez económica, fueron lanzando creaciones rudimentarias y de presentación a veces pretenciosa, pero poco feliz. Aguas de colonia, jabones, polvos faciales, algún "cosmético" para fijar el cabello... Todo esto en lucha contra el fetichismo de la etiqueta exótica. Las damas del "gran mundo", y por emulación las de la clase media, rechazaban lo no franchute. La lucha la decidió el pueblo llano, que, por no entender de etiquetas, ni siquiera las de los frascos diferenciaba. Entonces, un heroico afán de superación empezó a animar a los productores, puesta su legítima ambición en la conquista de las más altas esferas sociales.

Hubo desplazamientos transpirenaicos en los descendientes de los precursores de la industria, a fin de aprender y perfeccionarse. A la vez, en Francia sobran ya técnicos, y algunos se acogían a los laboratorios españoles. Empezaron a surgir con notoria exquisitez en con-

tenidos y continentes las primeras "series" perfumísticas, o sea conjuntos de extracto, colonia, loción, brillantina, jabón, etc., bajo específica denominación común y con características afines de presentación y aroma. Ante el primer extracto español presentado en serio, los comerciantes, apegados a la rutina, dieron un brinco de sorpresa y desconfianza. Mal pensaban que treinta años después los extractos españoles, en pugna con los franceses, se venderían en todo el mundo.

Liquidada la guerra de 1914, fué cuando la perfumería española, tras ganar paso a paso el mercado nacional, se asomó al Extranjero toda pomposa de espuma. Porque han sido los jabones de España los que primeramente conquistaron clientelas extrañas. En Madrid y Barcelona empezaron a edificarse fábricas modelo. No es vana la expresión. Industriales argentinos con arquitecto asesor cruzan el Atlántico, a fin de recabar permiso para reproducir sin alteración una fábrica madrileña cuya chimenea, que le pega un tajo visual al Guadarrama, tiene por tal motivo una hermana seccionante de panoramas porteños.

A partir de 1925, las cifras españolas de exportación a Sudamérica pueden considerarse en vías de nivelación con las francesas. Pero no tardó España en entender el negocio de otra manera con relación a los países americanos, a los que dió sangre, religión e idioma. Como basada en nuestra hermandad de razas, se estableció una hermandad perfumística, merced a que España envió allá unos nuevos conquistadores—conquistadores de mercados—y unos nuevos misioneros—misioneros de las fórmulas de nuestros perfumes—. Las productoras españolas más importantes fabrican hoy, sin alteración alguna de los productos que en la Península se consumen, en la Argentina, en Cuba, en Méjico... Hay marca hispana que produce en todos los países americanos y no sólo desde el canal de Panamá para abajo. Basta hojear cualquier publicación comercial estadounidense para darse cuenta de que el perfume español llegó entre los consumidores norteamericanos a la culminación de todas las categorías.

Pero hay más. Allá por el año 1935, un compatriota nuestro abandonó su Barcelona natal para arriesgarse en la conquista perfumística de París. El gesto es de auténtico quijotismo. Pero pronto el acero de su voluntad española se comba graciosamente en nuevo arco de triunfo, no lejos del de la plaza de la Estrella. Y el Sena, en trance de espejo, recoge estupefacto la imagen de la fábrica parisina más perfecta, que—¡asombro!—ostenta nombre español. En las rutilantes vitrinas de la rue de la Paix, codéándose con pomos franceses de mayor linaje, empiezan a coruscar tentadores unos frascos con etiquetas en castellano, sin madroños, guitarras ni claveles, admirables por su original y hasta atrevida sobriedad. ¿Qué era aquello tan en contrapunto con el colorismo de los chalecos que Merimée se hiciera bordar en España? A la curiosidad sucedió la comprobación de calidades insospechadas. En aquello—¡ou la la!—había tono, originalidad, *sprit*. Cuando los Molineaux, los Chanel, los Patou, y otros modistos que rubrican perfumes, observaron que con alarmante coincidencia sus clientes de vestidos y frascos olían a perfumes de España, incurrieron en terribles errores con la cinta métrica. *C'est drôle*, ¿verdad?

Y aquí acaba esta breve Historia, que arrancó con los trogloditas y la curtición de sus pieles. El vaho de perfume paralelo al nexa estético que une la cueva de Altamira con Salvador Dalí, sigue y seguirá...

